

imperfectamente conocemos, será el canon actual. Y podemos estar seguros de que San Hipólito, gran tradicionalista por el conocimiento y por el entusiasmo, se esforzó por recoger en ella el hálito de la Iglesia primitiva. Lo vemos por esa tendencia exclusivamente cristológica que revelan sus palabras, y que diferencian esta su fórmula famosa de otros tipos de oración eucarística, que se conocieron en aquellos primeros siglos, uno de carácter filosófico, en que la alabanza divina iba envuelta en un ropaje de conceptos helenístico, y otro que pudiéramos llamar sinagoga, porque recordaba las preces de la liturgia de los judíos en las reuniones del sábado. Lo vemos también en la dulce intimidad que respiran esas frases, cuyo acento nos hace pensar en las oraciones de la Doctrina de los Apóstoles y trae hasta nosotros ecos de los primeros balbuceos de la liturgia cristiana. Son las mismas brisas que inspiraron a mediados del siglo II la oración famosa que pronunció, atado ya sobre la pira en que iba a ser consumido como víctima de holocausto, un discípulo de los Apóstoles, un gran jefe de la Iglesia primitiva: «Señor Dios omnipotente —rezaba San Policarpo en el anfiteatro de Esmirna—, Padre de tu

amado y bendito Hijo Jesucristo, por quien recibimos noticia de ti; Dios de los ángeles y de las virtudes; de toda criatura y de toda la raza de los justos que viven en tu presencia; bendígo porque en este día y en esta hora te dignaste concederme que tuviese parte en el número de tus mártires, en el cáliz de tu Cristo, para la resurrección de la vida eterna del alma y del cuerpo, en la incorrupción por el Espíritu Santo; entre los cuales aspiro a ser hoy recibido delante de ti, en sacrificio agradable y escogido, como lo preparaste y me lo demostraste y ahora lo cumpliste, oh Dios veraz, que no sabes de la mentira. Por todo esto te alabo, te bendigo y te glorifico con Jesucristo, sempiterno y celeste, tu muy amado Hijo, en unión del cual y del Espíritu Santo a ti la gloria ahora y en los siglos venideros. Amén».

Un mismo espíritu anima la oración del obispo de Esmirna, en su holocausto y la plegaria sacrificial del sacerdote de Roma. El uno escribe un testigo del Occidente; el otro trae hasta nosotros un eco del cristianismo oriental. Tal vez no se conocen, pero son hermanos que tienen la misma voz, que respiran una misma atmósfera, que beben el agua de la misma fuente.

